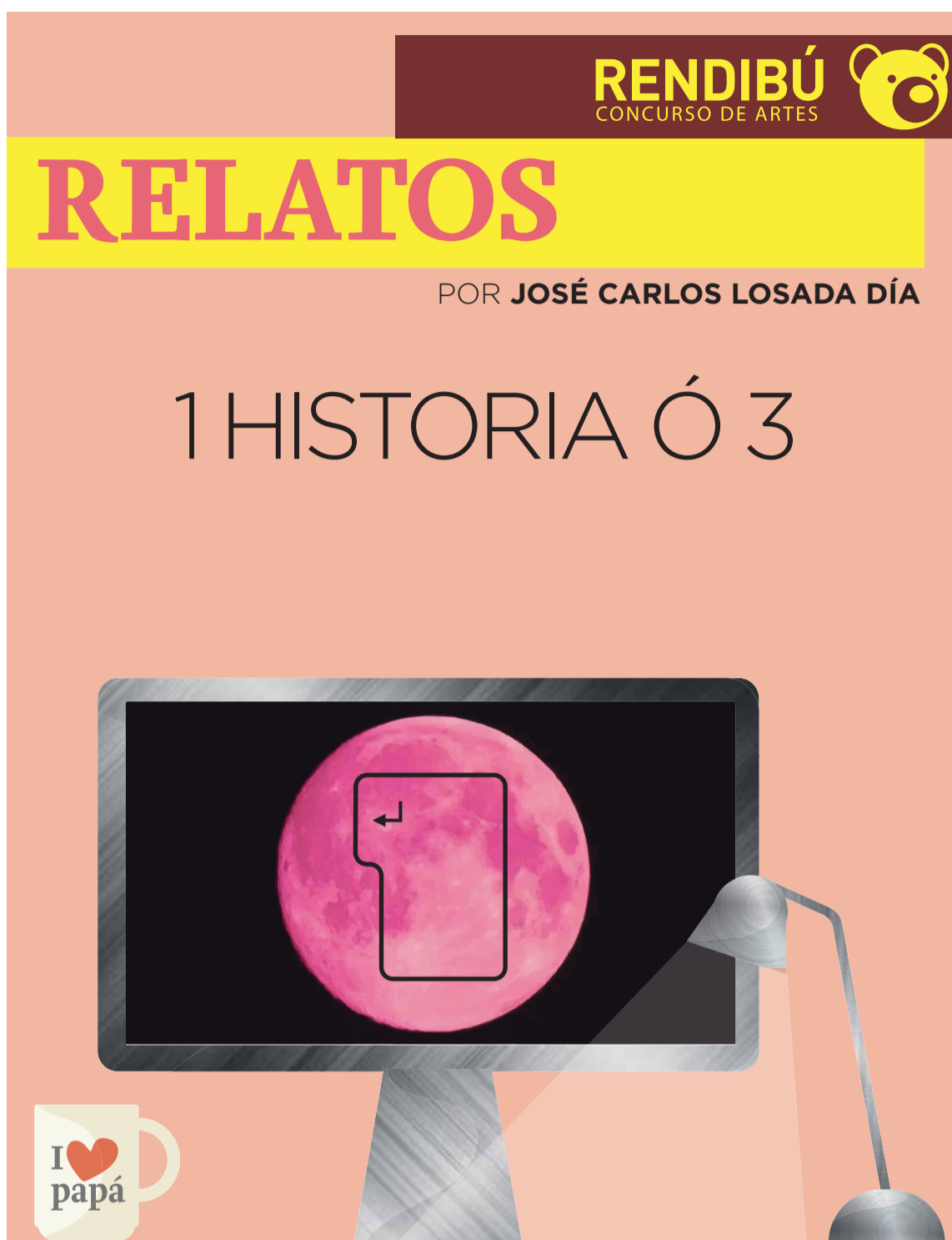


Siguió su ritual habitual. Encendió el pequeño flexo de su escritorio, el único que ofrecía una luz tenue en toda la Redacción, y fijó sus ojos en la pantalla del ordenador. Tomó la taza de su escritorio y bebió un sorbo de café frío mientras se sentaba. Se acomodó en la silla, asegurándose de que toda su espalda ocupaba el viejo respaldo desgastado. Apoyó la taza lentamente en el escritorio manteniendo su atención fija sobre el blanco iluminado del monitor. Así permaneció unos segundos, mientras vaciaba su cabeza del ruido exterior y de su pereza intelectual. Transcurridos unos instantes, sin despegar la vista del monitor, tomó la taza, bebió otro sorbo diminuto y situó los dedos sobre el teclado.

Como director del periódico se ocupaba de cerrar la edición definitiva que se enviaba a la rotativa tras la reunión de portada con los redactores-jefe del diario. Entre todos habían acordado las noticias principales para la mañana siguiente: subida de los impuestos en la ciudad, atropello mortal en la calle Góngora, lesión del extremo izquierdo del club local y una fuerte borrasca a punto de alcanzar la ciudad. Malas noticias. Ya se sabe. El periodismo se había quedado en esto, en la localización, selección o construcción de malas noticias. Y él era el encargado de darles un título que era casi como dotarlas de un nombre.

Llevaba perfilando la portada del periódico 12 años y lo hacía bien. Tenía un tipo muy particular de olfato periodístico. Era capaz de reconocer las historias de mayor interés para el público pero, además, poseía una capacidad innata para contar las cosas de un modo diferente, entre la literatura y la publicidad, entre la metáfora y el marketing. Era un gancho infalible con su audiencia que le hacía destacar por encima de cualquiera de sus compañeros en la redacción. Estaba seguro de que todos ellos, hasta el último de los becarios, tenían mayor talento y mayor vocación para el periodismo real. Pero solo él parecía tener esa capacidad para contar las cosas de un modo distinto a todos los demás, un modo en el que convertía las historias en fenómenos irresistibles.

Lo cierto es que le gustaba ese protagonismo. No era usual que un director se encargara de la redacción de los titulares de portada. Pero para él, aquella era la única parte de su trabajo que le permitía retroceder a sus sueños románticos de periodista revolucionario que había alimentado durante sus años de universidad. Decidir la forma definitiva de la portada era decidir el marco sobre el que la gente construiría el día siguiente su interpretación de la realidad de lo que sucedía lejos de ellos o, incluso, de lo que ocurría en el portal de su casa. Así era la gente. Esta capacidad innata le otorgaba un poder inmenso



y una responsabilidad que se había acostumbrado a gestionar con sobriedad. El poder de contar las historias con un puñado de palabras era, en realidad, el poder mismo de construir las historias, de fabricarlas, de modelarlas o de hacerlas desaparecer, según conviniera. Era su poder transformador de la realidad.

Aquella era una noche fría de invierno. Tras las ventanas de la redacción ya no se alcanzaba a ver apenas otra cosa que la luz tenue de las farolas. Sentía una extraña sensación de apatía multiplicada por una creciente tendencia por mandar todo al diablo. Estos pensamientos recurrentes le mantenían paralizado con los ojos sobre la pantalla y las manos a medio palmo del teclado. Lo normal era conducir de forma automática esta parálisis y comenzar a teclear, una tras otra, cada una de las palabras que darían forma a los titulares de portada. Pero en esta ocasión no lo hizo. En esta ocasión, no.

Dejó de mirar la pantalla y dirigió su mirada hacia la taza blanca que aún sujetaba en su mano. La giró levemente hasta poder ver un dibujo desgastado en ella. Un corazón casi borrado y las palabras «te quiero, papá» apenas legibles. Lo

miró atentamente y después bajó la mirada, como decidiendo. Alzó de nuevo los ojos y miró de nuevo la taza blanca y su tenue dibujo infantil. Arqueó las cejas en forma de interrogación y se escuchó decir en voz alta, «y ¿por qué no?».

Y fue entonces cuando lo hizo. # «No», se respondió de forma inmediata. Tecléo los titulares pactados con la redacción del periódico y, de modo automático, pulsó 'intro' para volcar la portada con destino a la rotativa.

Apagó el flexo y se levantó perezosamente.

Suspiró negando levemente con la cabeza. Una mueca complaciente e insatisfecha recorrió su rostro.

Tomó su chaqueta del respaldo de la silla y caminó con la mirada baja mientras se despedía de sus compañeros con un sutil gesto de su mano.

Fue entonces cuando lo hizo. Fue entonces cuando decidió cambiar las palabras, otorgarles una intención infantil, dotarlas de optimismo y luz, convencido de que las palabras provocarían hechos. Sucedió de repente. Por arte de magia, la lesión del extremo titular daría por fin la oportunidad a

la nueva joya de la cantera local, el atropello mortal de un anciano había evitado el atropello de otros dos niños gracias a la pericia del conductor, la depresión atmosférica era el preámbulo de un día de Navidad soleado y con las calles pletóricas de nieve blanca.

En un momento, los titulares giraron y se hicieron optimistas y las palabras parecían sonreír. Notaba una emoción infantil mientras lo hacía. Se sintió poderoso. Desobedecía los criterios periodísticos más básicos y disfrutaba mientras lo hacía, construyendo una nueva versión de la realidad con sus palabras, una a una, con sus dedos deslizándose de forma vertiginosa por el teclado, incorporando todo tipo de adjetivos luminosos. Y mientras lo hacía notaba una extraña sensación de hacer algo bueno.

Redactó la última palabra cerrando el titular a cuatro columnas: «Una leve subida de los impuestos permitirá abrir este año el nuevo materno-infantil». Dejó de escribir y levantó lentamente las manos del teclado. Se reclinó lentamente hacia el respaldo de la silla sin dejar de mirar la pantalla. Cruzó las manos tras la nuca mientras miraba la composición final de la página. Pa-

saron unos segundos. Repasó lo escrito y volvió a mirar a su taza blanca con su corazón desgastado.

No dejó de sonreír mientras pulsaba la tecla de 'intro'.

Fue entonces cuando lo hizo. Fue entonces cuando dejó la mente en blanco para tratar de transportarla, de ese modo, al papel. Decidió que no quería tinta sobre el blanco inmaculado de una portada que, por una vez, no estaría manchada de malas noticias. Decidió dejarla en blanco. Solo blanco. Pensó que de esta forma, en este espacio, los viejos harían sus cuentas, los poetas podrían escribir sus versos y los niños harían sus dibujos. Y todos, grandes y pequeños, imaginarían allí sus historias, pasatiempos o recetas, ideas para los novelistas, teléfonos de enamorados y listas de la compra. Habría 15.000 oportunidades en blanco para dibujar la portada del día, en cada bar, en cada consulta, en cada despacho, una pizarra im-poluta sobre la que plasmar buenas noticias.

Miró la composición final de la página una y otra vez mientras se reclinaba sobre su silla. Una pantalla en blanco en la que solo podía leerse la fecha del día siguiente. Su brazo se extendió y, todavía apoyado sobre la mesa, rozó la taza con la punta de sus dedos sin apartar la vista de la pantalla.

No dejó de sonreír mientras pulsaba la tecla de 'intro'.

Fue entonces cuando lo hizo. Se levantó veloz y agarró su abrigo apoyado en el respaldo de su silla. Sin mirar atrás, se encaminó a la puerta de la redacción y salió a la calle buscando el primer grupo de niños. Los encontró calle abajo, reunidos en torno a una pelota. No más de 10 años el mayor, calculó. Se dirigió sin preámbulo hacia ellos endosándole la pregunta de aquella improvisada rueda de prensa popular. ¿Qué es lo que queréis para esta Navidad? ¿Qué es lo que realmente queréis? Uno a uno comenzaron a describir consolas, viajes, juegos, móviles... Así uno a uno. Iba descartándolos según hablaban hasta que llegó al último de ellos, una niña de grandes ojos oscuros que no dejaban de mirarle. Se inclinó sobre ella y le miró a los ojos: ¿Y tú? ¿qué te gustaría a ti? Dime, ¿qué te gustaría? Y la niña levantó ligeramente su dedo índice, con el resto de la mano y del brazo todavía pegados al cuerpo, señalando al cielo, justo al lugar que ocupaba la luna sobre la total oscuridad. Sin bajar la mano miró al periodista a los ojos. Él le devolvió la mirada y le confirmó con su gesto.

Media hora después una luna inmensa con una sonrisa trazada en rosa ocupaba la pantalla completa del ordenador dando forma a la portada. Ni una sola palabra. Solo aquella inmensa luna brillante.

No dejó de sonreír mientras pulsaba la tecla de 'intro'.